

CARTA ENCICLICA DE SU SANTIDAD SOBRE EL COMUNISMO

(Conclusión)

49.—Pero la caridad no será nunca verdadera caridad si no tuviera siempre en cuenta la justicia. Enseña el Apóstol que “quien ama al prójimo ha cumplido la ley”; y da la razón de ello: “porque el **no fornicar, no matar, no robar...** y cualquier otro precepto, se resume en esta fórmula: **Amarás a tu prójimo como a ti mismo**” (Rom. XIII, 8-9).

Si, entonces, de acuerdo con el Apóstol, todos los deberes se reducen al único precepto de la verdadera caridad, aun aquellos que son de estricta justicia, como el no matar y el no robar, una caridad que prive al obrero del salario a que tiene derecho, no es caridad sino un nombre vano y una falsa apariencia de caridad. Ni el obrero ha menester como limosna lo que le corresponde por justicia; ni se puede tentar eludir los graves deberes impuestos por la justicia con los pequeños dones de la misericordia. Caridad y justicia imponen deberes, a menudo sobre las mismas cosas pero bajo diverso aspecto; y los obreros son justamente sensibilísimos a estos deberes de los demás a su respecto, por razones de su misma dignidad.

50.—Por lo tanto Nos dirigimos en modo particular, a vosotros patrones e industriales cristianos cuya misión es frecuentemente tan dificultosa, porque soportáis la pesada herencia de los errores de un régimen económico inicuo que ha ejercitado su ruinoso influjo durante varias generaciones; sed vosotros conscientes de vuestra responsabilidad. Es desgraciadamente verdad que el modo de obrar de algunos ambientes católicos ha contribuido a alejar la confianza de los trabajadores en la religión de Jesucristo. No querían aquellos comprender que la caridad cristiana exija

el reconocimiento de los derechos que se les deben a los obreros y que la Iglesia les ha reconocido explícitamente. ¿Cómo habrá que juzgar los actos de aquellos patronos católicos, que en ciertas partes han alcanzado a impedir la lectura de Nuestra Encíclica **“Quadragesimo Anno”**, en sus iglesias patronales? ¿O los de aquellos industriales católicos que se han demostrado hasta hoy adversarios de un movimiento obrero que Nos mismos hemos recomendado? ¿Y, acaso, no hay que deplorar que el derecho de propiedad, reconocido por la Iglesia, haya sido empleado para defraudar al obrero de su justo salario y de sus derechos sociales?

51.—En efecto; además de la justicia conmutativa, existe la justicia social, que impone a su vez deberes a los cuales no se pueden substraer ni los patronos ni los obreros. Y es, precisamente, propio de la justicia social exigir de los individuos todo cuanto sea necesario al bien común. Pero como el organismo viviente no está provisto para todo, si no que se da a cada una de las partes y a cada uno de los miembros todos lo que necesitan para ejecutar sus funciones, del mismo modo no se puede proveer al organismo social y al bien de toda la sociedad si no se da a cada una de las partes y a cada uno de los miembros, esto es, a los hombres dotados de la dignidad de personas, todo lo que deben tener para sus funciones sociales. Si se satisficiera también a la justicia social, una intensa actividad de toda la vida económica desarrollada en la tranquilidad y en el orden sería el fruto y demostraría la salud del cuerpo social, como la salud del cuerpo humano se reconoce en una imperturbada al mismo tiempo completa y fructuosa actividad de todo el organismo.

52.—Pero no se puede decir que se haya satisfecho la justicia social si los obreros no tienen asegurado su propio sustento con un salario proporcionado a este fin, si no se les facilita la ocasión de adquirir alguna modesta fortuna, previniendo así la plaga del pauperismo universal; si no se toman providencias en su favor, con seguros públicos o privados, para su vejez en caso de enfermedad o de desocupación. En una palabra, repitiendo lo que ya hemos dicho en Nuestra Encíclica **“Quadragesimo Anno”**: “entonces la economía social verdaderamente subsistirá y obtendrá sus fines cuando a todos y cada uno de los socios le sean suministrados todos los bienes que se pueden formar con las

fuerzas y los subsidios de la naturaleza, con el arte técnico, con la constitución social del factor económico; bienes que han de ser tantos cuantos sean necesarios ya para satisfacer las necesidades y la honesta comodidad, ya para elevar a los hombres a aquella más feliz condición de vida, que cuando se obra con prudencia no sólo no es obstáculo para la virtud, sino que grandemente la favorece". (Encíclica "Quadragesimo Anno", 15 de mayo de 1931; A. 4 S. vol. XXIII, 1931 página 202).

53.—Si además, como ocurre con creciente frecuencia en la cuestión de los salarios, la justicia no puede ser observada por los individuos, sino a condición de que todos se pongan de acuerdo de practicarla conjuntamente, mediante instituciones que unan entre sí a los dadores de trabajo, para evitar entre ellos una competencia incompatible con la justicia debida a los trabajadores. deber es de los empresarios y patrones de sostener y promover estas instituciones necesarias, que resultan el medio normal para poder cumplir los deberes de justicia. Pero, también, los trabajadores recuerden sus obligaciones de caridad y de justicia hacia los empleadores, y estén persuadidos que con esto salvaguardarán sus propios intereses.

54.—Si se considera, por cierto, el conjunto de la vida económica—como lo hemos ya destacado en Nuestra Encíclica "Quadragesimo Anno"—no se podrá obtener el reinado, en las relaciones económico-sociales, de la mutua colaboración entre la justicia y la caridad, si no por medio de un cuerpo de instituciones profesionales e interprofesionales sobre bases sólidamente cristianas, coaligadas entre ellas y que formen, bajo diversas formas y adaptadas a los lugares y circunstancias, lo que se llamaba: la Corporación.

55.—Para dar a esta acción social una más grande eficacia, es muy necesario promover el estudio de los problemas sociales a la luz de la doctrina de la Iglesia y difundir sus enseñanzas bajo la égida de la Autoridad de Dios constituida por la misma Iglesia. Si el modo de obrar de algunos católicos ha dejado que desear en el campo social-económico, esto ocurre a menudo porque no han suficientemente conocido y meditado las enseñanzas de los Sumos Pontífices sobre este argumento. Por esto, es sumamente necesario que en todas las clases de la sociedad se promueva una más in-

tensa formación social correspondiente al diverso grado de cultura intelectual, y se procure con la máxima solicitud e industria la más amplia difusión de las enseñanzas de la Iglesia aun en la clase obrera. Sean iluminadas las mentes en la segura luz de la doctrina católica, e inclinadas las voluntades a seguirlas y aplicarlas como normas de recto vivir, por el cumplimiento a conciencia de los múltiples deberes sociales, oponiéndose de esta manera a esa incoherencia y discontinuidad en la vida cristiana, por Nos tantas veces deplorada, por la cual, algunos mientras son, aparentemente fieles al cumplimiento de sus deberes religiosos, luego en el campo del trabajo, o de la industria, o de la profesión, o en el comercio, o en el empleo, por un lamentable desdoblamiento de conciencia, llevan una vida completamente disconforme de las normas tan claras de la justicia y de la caridad cristiana, procurando en tal modo, grave escándalo a los débiles y ofreciendo a los malvados un pretexto cómodo para desacreditar a la misma Iglesia.

56.—Un gran aporte a esta renovación puede proporcionar la prensa católica. Ella puede y debe, en primer lugar, de diversas y atrayentes formas, hacer conocer mejor la doctrina social, informar con exactitud y hasta con la debida amplitud sobre la actividad de los adversarios, y referir los medios de combatirlos que se han demostrado más eficaces en diversas regiones, proponer útiles sugerencias y poner en guardia contra las astucias y los engaños con que los comunistas procuran, y han alcanzado ya atraer a los hombres de buena fe.

57.—Sobre este punto hemos ya insistido en Nuestra Alocución del 12 de mayo del año pasado, pero creemos oportuno, Venerables Hermanos, volver a concitar en modo particular sobre él vuestra atención. El comunismo en un principio se mostró cual era en toda su perversidad, pero muy pronto se convenció de que en esa forma alejaba de si a los pueblos, y por esto ha cambiado su táctica y procura atraer a las multitudes con varios engaños escondiendo sus propios planes detrás de ideas que en sí son buenas y sugestivas. Así notando el común deseo de paz, los jefes del comunismo fingen ser los más celosos fautores y propagandistas del movimiento por la paz mundial; pero al mismo tiempo proclaman la lucha de clases, que hace correr ríos de

sangre y sintiendo que no cuentan con la interna garantía de la paz, recurren a los ilimitados armamentos. Así bajo diversos nombres que ni siquiera aluden al comunismo, fundan asociaciones y periódicos que después sirven únicamente a hacer penetrar sus ideas en ambientes que de otra manera no les serían fácilmente accesibles; hasta procuran mediante la perfidia infiltrarse en ambientes católicos y religiosos. Así, en otras partes, sin renunciar un instante siquiera a sus perversos principios, invitan a los católicos a colaborar con ellos en el campo que denominan humanitario y caritativo, proponiendo a veces cosas del todo conformes al espíritu cristiano y a la doctrina de la Iglesia. En otras, además, llevan la hipocresía hasta el punto de hacer creer que el comunismo en países de mayor cultura asumirá un aspecto más calmo, no impedirá el culto religioso y respetará la libertad de conciencia. Hasta hay algunos que refiriéndose a los cambios introducidos recientemente, en la legislación soviética, deducen de ello que el comunismo está en camino de abandonar su programa de lucha contra Dios.

58.—¡Procurad, Venerables Hermanos, que vuestros fieles no se dejen engañar! El comunismo es intrínsecamente perverso y no se puede admitir en ningún campo la colaboración con él por quienes desean salvar la civilización cristiana. Y si algunos inducidos al error cooperasen a la victoria del comunismo en su país, caerán entre los primeros como víctimas de su error y cuanto más se distinguen por su antigüedad y por la grandeza de su civilización cristiana, las regiones donde el comunismo consiga penetrar tanto más devastador se les manifestará el odio de los "Sin Dios".

59.—Pero "si el Señor no custodia la ciudad, en vano vela aquel que la vigila" (**Salmo CXXVI 1**). Por eso, como último y potentísimo remedio, os recomendamos, Venerables Hermanos, que promováis e intensifiquéis en el modo más eficaz para vuestra diócesis el espíritu de oración unido con la cristiana penitencia. Cuando los Apóstoles preguntaron al Salvador por qué no habían ellos podido liberar del espíritu maligno a un endemoniado, el Señor les respondió: "Este género de demonio, sólo se pueden expulsar con la oración y el ayuno". (**S. Mateo XVII, po**). También el mal que hoy atormenta a la humanidad no puede ser dominado sino por una universal y santa cruzada de oración y de

penitencia y recomendamos singularmente a las Ordenes Contemplativas, de varones y mujeres, de redoblar sus súplicas y sus sacrificios para impetrar del Cielo una valiosa ayuda a la Iglesia en las luchas presentes, con la potente intercesión de la Virgen Inmaculada, la cual como un día aplastó la cabeza a la antigua serpiente, igualmente, es siempre la segura defensa y el invencible Auxilio de los cristianos”.

60.—Para la obra mundial de salvación que hemos venido bosquejando y para la aplicación de los remedios que hemos indicado brevemente, ministros y obreros evangélicos designados por el Divino Rey, Jesucristo, son en primera fila, los sacerdotes. A ellos, por vocación especial, bajo la guía de los pastores sagrados y en unión de filial obediencia con el Vicario de Cristo en la tierra, está confiada la misión de mantener encendida en el mundo la antorcha de la fe y de infundir en los fieles esa sobrenatural confianza con la cual la Iglesia en nombre de Cristo ha combatido y vencido tantas batallas: “Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe”. (Epist. 1a. de S. Juan, V, 4.)

61.—En modo particular recordamos a los sacerdotes la exhortación de nuestro predecesor León XIII, tantas veces repetida, de ir a los obreros; exhortación que Nos hacemos Nuestra y completamos: “Id a los obreros, especialmente al obrero pobre y en general, id a los pobres”, siguiendo en esto las enseñanzas de Jesús y de su Iglesia. Los pobres, en efecto, son los más asediados por los falsarios, que explotan su miserable situación para encenderles el odio contra los ricos y excitarlos a apoderarse por la fuerza de aquello que les parece injustamente negado por la suerte; y si el sacerdote no va a los obreros y a los pobres para premunirlos o desengañarlos de los prejuicios y de las falsas teorías, éstos se convertirán en fácil presa de los apóstoles del comunismo.

62.—No podemos negar que mucho se ha hecho en este sentido, especialmente, después de las Encíclicas “*Rerum Novarum*” y “*Quadragesimo Anno*”, y con paternal complacencia saludamos los industriados cuidados pastorales de tantos obispos y sacerdotes, que van meditando y probando, si bien con las debidas y prudentes precauciones, nuevos métodos de apostolado más adecuados a los tiempos presentes. Como cuando está en peligro la

patria, todo lo que no es estrictamente necesario o no está directamente ordenado a la perentoria necesidad de la defensa común, pasa a segunda fila; lo mismo dígase de nuestro caso, toda otra obra por más hermosa y buena, debe ceder el puesto a la vital necesidad de salvar las bases de la fe y de la civilización cristiana. Y, por lo tanto, en las parroquias los sacerdotes, aun dando naturalmente lo que sea menester al cuidado ordinario de los fieles, reserven la parte mayor y mejor de sus fuerzas y de sus actividades para reconquistar las masas de trabajadores para Cristo y para la Iglesia y para hacer penetrar el espíritu cristiano en los ambientes que le son más extraños. Ellos encontrarán luego en las masas populares una correspondencia y una abundancia de frutos inesperados, que les compensará el fatigoso trabajo del primer desmonte, como hemos visto y vemos en Roma y en otras muchas metrópolis, donde al surgir de nuevas iglesias en los barrios periféricos se van recogiendo celosas comunidades parroquiales y se obran verdaderos milagros de conversiones entre las poblaciones que eran hostiles a la religión sólo porque no la conocían.

63.—Pero el medio más eficaz de apostolado entre las multitudes de pobres y de humildes es el ejemplo del sacerdote, el ejemplo de todas las virtudes sacerdotales, cuales las hemos descrito en Nuestra Encíclica. “*Ad catholici sacerdotii*”, (20 dic. 1935: A. A. S., vol. XXVIII, págs. 5-53; pero en el caso presente en modo especial, un luminoso ejemplo de vida humilde, pobre, desinteresada, copia fiel del Divino Maestro que podía proclamar con divina franqueza: “Las zorras tienen sus guaridas, y los pájaros sus nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene dónde reposar su cabeza” (S. Mateo, VIII, 20). Un sacerdote, verdadera y evangélicamente pobre y desinteresado, hace milagros de bien en medio del pueblo, como San Vicente de Paul, un cura de Ars, un Cottolengo, un Don Bosco y tantos otros; mientras un sacerdote avaro e interesado, como lo recordáramos en la ya citada Encíclica, aun si no se precipita como Judas en el abismo de la traición, será por lo menos un vano “bronce que suena” y una inútil “campana que tañe” (I Cor. XIII. 1), y con demasiada frecuencia más bien un impedimento que un instrumento de gracia en medio del pueblo. Y si el sacerdote secular o regular por obligación de su oficio debe administrar bienes temporales, recuerde que no solamente debe

con escrúpulo observar todo lo que prescribe la caridad y la justicia sino que debe mostrarse, en modo particular, un verdadero padre de los pobres.

64.—Después del clero, Nos dirigimos Nuestra paternal invitación a los queridísimos hijos que militan en las filas de la para Nos tan querida Acción Católica, que ya declaramos en otra ocasión (12 de mayo de 1936) “una ayuda particularmente providencial” para la obra de la Iglesia en estas circunstancias tan difíciles. En efecto: la Acción Católica es también apostolado social en cuanto tiende a difundir el reinado de Jesucristo no sólo entre los individuos sino también en la familia y en la sociedad. Debe, por lo tanto, ante todo, atender a formar con un cuidado especial a sus elementos y prepararlos a las santas batallas del Señor. A tal labor formativa, como nunca urgente y necesaria, que debe preceder la acción directa y de hecho, servirán por cierto los círculos de estudio, las semanas sociales, cursos orgánicos de conferencias y todas aquellas otras iniciativas aptas para hacer conocer las soluciones de los problemas sociales en un sentido cristiano.

65.—Soldados de la Acción Católica de este modo bien preparados y adiestrados serán los primeros e inmediatos colaboradores de sus compañeros de trabajo y se convertirán en preciosos auxiliares del sacerdote para llevar la luz de la verdad y remediar las graves miserias materiales y espirituales, en innumerables zonas refractarias a la acción del ministro de Dios, ya sea por inveterados prejuicios contra el clero ya por deplorable apatía religiosa. Se cooperará de este modo, bajo la guía de sacerdotes, particularmente expertos, en esa asistencia religiosa a las clases obreras que Nos es tan grata, como el medio más adecuado para preservar a estos Nuestros queridos hijos de las insidias comunistas.

66.—Además de este apostolado individual, muchas veces escondido, pero siempre útil y eficaz, es misión de la Acción Católica hacer con la propaganda oral y escrita una amplia siembra de los principios fundamentales que sirvan a la construcción de un orden social cristiano, cual resulta de los documentos pontificios.

67.—En torno a la Acción Católica se agrupan las organizaciones que Nos hemos proclamado sus auxiliares. También a estas tan útiles organizaciones exhortamos con paternal afecto a consagrarse a la gran misión de que hablamos, la cual actualmente supera a todas las demás por su vital importancia.

68.—Nos pensamos, asimismo, en aquellas organizaciones profesionales: de trabajadores, de agricultores, de ingenieros, de médicos, de patronos, de hombres de estudio y otras semejantes; hombres y mujeres que viven en las mismas condiciones culturales y casi naturalmente están reunidos en grupos homogéneos.

Precisamente estos grupos y estas organizaciones están destinadas a introducir aquel orden en la sociedad que Nos hemos tenido en cuenta en Nuestra Encíclica **Quadragesimo Anno** y a difundir en esa forma el reconocimiento de la realeza de Cristo en los diversos campos de la cultura y del trabajo.

69.—Pero si, por las condiciones especiales de la vida económica y social, el Estado ha creído de su deber el intervenir hasta asistir o reglamentar directamente tales instituciones con particulares disposiciones legislativas, dejando en salvo el respeto debido a la libertad y a las iniciativas privadas; aun en esas circunstancias la Acción Católica no debe permanecer extraña a la realidad sino que debe prestar con sabiduría su contribución de pensamiento con el estudio de los nuevos problemas a la luz de la doctrina católica, y de actividad, con la participación leal y voluntariosa de sus socios en las nuevas modalidades de las instituciones, llevando a ellas el espíritu cristiano, que es siempre principio de orden y de mutua y fraternal colaboración.

70.—Una palabra, particularmente paternal, quisiéramos dirigir a Nuestros queridos obreros católicos, jóvenes y adultos, los cuales, quizá, como premio a su fidelidad heroica en estos tiempos tan difíciles, han recibido una misión muy noble y ardua. Bajo la guía de sus obispos y de sus sacerdotes, deben retornar a la Iglesia y a Dios a la inmensa multitud de sus hermanos de trabajo, que exacerbados por no haber sido comprendidos o tratados con la dignidad a la que tenían derecho, se han alejado de Dios. Los obreros católicos con su ejemplo, con sus palabras, demuestren a estos hermanos suyos, que la Iglesia es una tierna Madre para todos los que trabajan y sufren y jamás ha omitido

ni omitirá nunca su sagrado deber materno de defender a sus hijos. Si esta misión que ellos tienen que cumplir en las minas, en las fábricas, en las canteras, en donde quiera se trabaje, requiere, a veces, grandes sacrificios, recuerden que el Salvador del mundo no sólo dió el ejemplo del trabajo sino también el del sacrificio.

71.—A todos Nuestros hijos, además, de cualquier clase social, de cualquier nación, de cualquier agrupación religiosa o seglar en la Iglesia, quisiéramos dirigir un nuevo y más urgente llamamiento a la concordia. Muchas veces Nuestro paternal corazón ha sido atribulado por las divisiones, a menudo, fútiles en sus causas, pero siempre trágicas en sus consecuencias, pues ponen en lucha a los hijos de una misma Madre, la Iglesia. Así se ve que los subversivos, que son tan numerosos, aprovechando estas discordias, las tornan más agudas y concluyen por arrojar a los mismos católicos unos contra otros. Después de los acontecimientos de estos últimos meses podría parecer superflua Nuestra advertencia. La repetimos con todo una vez más para aquellos que no la han comprendido o que acaso no quieren comprenderla. Los que trabajan para aumentar las discordias entre los católicos asumen para sí una tremenda responsabilidad ante Dios y ante la Iglesia.

72.—Pero ante esta lucha empeñada por el poder de las tinieblas contra la misma idea de la Divinidad, Nos es grato esperar que, además de todos aquellos que se glorian del nombre de Cristo, se opongan también, válidamente, cuantos (y son la gran mayoría de la humanidad) creen todavía en Dios y lo adoran. Renovaremos, pues, el llamamiento que lanzáramos cinco años hace en Nuestra Encíclica "**Caritate Christi**", a fin de que también leal y cordialmente concurren por su parte "para alejar de la humanidad el gran peligro que a todos nos amenaza". Porque como entonces decíamos "si creer en Dios es el fundamento inmutable de todo orden social y de toda responsabilidad sobre la tierra", por lo tanto quienes no quieren la anarquía y el terror deben enérgicamente industriarse para que los enemigos de la religión no alcancen el fin que ellos tan abiertamente han proclamado". (Encicl. "**Caritate Christi**", 3 de mayo de 1932, A. A. S., vol. XXIV, 1932, pág. 184).

73.—Hemos expuesto, Venerables Hermanos, la función positiva, de orden doctrinario al mismo tiempo que prácticamente, que la Iglesia asume por la misma misión que le confiara Cristo, de edificar la sociedad cristiana y, en nuestros días, de oponerse y combatir los esfuerzos del comunismo; y hemos apelado a todos y cada uno de los sectores de la sociedad. A esta misma empresa espiritual de la Iglesia el Estado cristiano debe también positivamente contribuir, ayudando en tal función a la Iglesia con los medios que le son propios, los cuales aunque sean medios externos, no dejan de mirar, en primer lugar, al bien de las almas.

74.—Por lo tanto, los Estados han de poner el mayor cuidado en impedir que una propaganda atea, que conmueve todos los fundamentos del orden, haga estragos en sus naciones, porque no podrá haber autoridad sobre la tierra si no se reconoce la autoridad de la Majestad Divina, ni será firme ningún juramento si no se jura en nombre del Dios vivo. Nos repetimos lo que a menudo y con tanta insistencia hemos dicho y en modo destacado en Nuestra Encíclica "**Caritate Christi**": "¿Cómo puede sostenerse un contrato cualquier y qué valor puede tener un tratado, donde falta toda garantía de conciencia? ¿Y cómo se puede hablar de garantía de conciencia, donde ha desaparecido toda fe en Dios, todo temor de Dios? Quitada esta base, cae toda ley moral con ella y no hay remedio alguno que pueda impedir la gradual e inevitable ruina de los pueblos, de la familia, del Estado, de la misma civilización humana". (Encicl. "**Caritate Christi**", 3 de mayo de 1932, A. A. S., vol. XXVI, 1932, pág. 190).

75.—Además el Estado debe poner el mayor cuidado para crear aquellas condiciones materiales de vida sin la cual una sociedad organizada no puede subsistir y para proveer trabajo especialmente a los padres de familia y a la juventud. Debe inducirse a las clases poderosas a que asuman, por la urgente necesidad presente del bienestar común aquellas cargas, sin las cuales la sociedad humana no puede salvarse ni ellos mismos podrían encontrar salvación. Las providencias que el Estado tome a este fin deben ser tales que graven, efectivamente, a quienes tienen en sus manos los mayores capitales y los están aumentando continuamente con grave perjuicio para los demás.

76.—El mismo Estado, consciente de su responsabilidad delante de Dios y de la sociedad, sea el ejemplo de todos los demás con una prudente y sobria administración. Hoy más que nunca la gravísima crisis mundial exige que quienes disponen de enormes fondos, fruto del trabajo y del sudor de millones de ciudadanos, tengan siempre ante sus ojos, únicamente, el bienestar común y se esfuercen en promoverlo cuanto más les sea posible. Cumplan también los funcionarios del Estado y todos sus empleados, por obligación de conciencia, sus deberes con fidelidad y desinterés, siguiendo los ejemplos antiguos y recientes de hombres insignes que con incansable trabajo sacrificaron toda su vida por el bien de su patria. Luego, en las relaciones de los pueblos entre sí, procúrese con solicitud de remover aquellos impedimentos artificiales de la vida económica, que emanan de los sentimientos de desconfianza y de odio, recordando que todos los pueblos de la tierra forman una única familia de Dios.

77.—Pero al mismo tiempo el Estado debe dejar a la Iglesia la plena libertad de cumplir su divina y completamente espiritual misión de contribuir con esto mismo poderosamente a salvar a los pueblos de la terrible tormenta de la hora presente. Se hace en todas partes hoy un angustioso llamamiento a las fuerzas morales y espirituales, y con mucha razón, porque el mal que se debe combatir es, ante todo, considerado en sus fuentes primordiales, un mal de naturaleza espiritual y es de estas fuentes que surge por una lógica satánica toda la monstruosidad del comunismo. Ahora bien, entre todas las fuerzas morales y religiosas se destaca, incontestablemente, la Iglesia Católica; y, por lo tanto, el mismo bienestar de la humanidad exige que no se pongan impedimentos a su actividad.

78.—Si se obrara de otro modo y se pretendiera al mismo tiempo alcanzar esa finalidad con medios puramente económicos y políticos, se incurriría en el riesgo de caer en un peligroso error. Porque cuando se excluye la religión de la escuela, de la educación, de la vida pública y se exponen al ludibrio los representantes del cristianismo y sus sagradas ceremonias, ¿acaso no se promueve ese materialismo del cual ha brotado el comunismo? Ni la fuerza, por más bien organizada, ni los ideales terrenos, por más grandes y nobles, pueden avasallar un movimiento que arraiga

sus raíces precisamente, en la demasiada estima de los bienes del mundo.

79.—Confiamos que aquellos que dirigen los destinos de las naciones, por poco que examinen el peligro extremo que amenaza hoy a los pueblos, se apercibirán cada vez más del supremo deber de no impedir a la Iglesia el cumplimiento de su misión; tanto más que al cumplirla, mientras mira a la felicidad eterna del hombre, trabaja inseparablemente también por su verdadera felicidad temporal.

80.—Pero no podemos poner fin a esta carta encíclica sin dirigir una palabra a aquellos hijos Nuestros que están ya atacados o poco menos, por el mal comunista. Los exhortamos vivamente a escuchar la voz del Padre que los ama y rogamos al Señor que los ilumine a fin de que abandonen el camino erróneo que los arrastra a todos a una inmensa y catastrófica ruina y reconozcan también ellos que el único Salvador es Jesucristo Nuestro Señor “porque no hay bajo el cielo ningún otro nombre dado a los hombres, del cual podamos esperar la salvación”. (“**Actos de los Apóstoles**”, IV, 12).

81.—Y para apresurar la tan generalmente deseada “Paz de Cristo en el Reino de Cristo” (Cf. Encicl. “**Ubi arcano**”, 23 de diciembre de 1922: A. A. S., vol. XIV, 1922, pág. 691) colocamos la gran acción de la Iglesia Católica contra el comunismo ateo mundial bajo la égida del poderoso protector de la Iglesia, San José. El perteneció a la clase obrera y ha experimentado el peso de la pobreza, en sí y en la Sagrada Familia, de la cual era jefe proveedor y afectuoso, a él se le confió el Divino Infante, cuando Herodes movilizó contra El a sus sicarios. Con una vida de fidelísima observancia del deber cotidiano, ha dejado un ejemplo a todos los que deben ganarse el pan con el trabajo de sus manos, y mereció ser llamado el Justo, ejemplo vivo de aquella justicia cristiana, que debe dominar en la vida social.

82.—Con los ojos fijos en lo alto, nuestra fe ve los nuevos cielos y la nueva tierra de las cuales habla Nuestro primer antecesor San Pedro (**II de San Pedro**, III, 13; Isaías LXV 17, LXVI 22. **Apoc.** XXI, 1).

Mientras las promesas de los falsos profetas de esta tierra se apagan en la sangre y en las lágrimas, resplandece con celestial

belleza la gran profecía apocalíptica del Redentor del mundo: "He aquí que Yo hago de nuevo todas las cosas". (Apoc. XXI, 5).

Nada Nos resta, Venerables hermanos, sino levantar las manos paternas y hacer descender sobre Vosotros, sobre Vuestro Clero y Vuestro pueblo, sobre toda la gran familia cristiana, la Bendición Apostólica.

Dado en Roma, cerca de San Pedro, en la fiesta de San José, patrono de la Iglesia Universal, 19 de Marzo, en el año XVI de Nuestro Pontificado.

PIO PP. XI".